

LA VERDAD Y EL MENSAJE EVANGÉLICO

SOLO ERAN 20 CENTAVOS

Cuando me subí a ese bus, y tome asiento, me di cuenta que el chofer me había dado cambio de más. Eran tan solo 20 centavos. Y pensé: “¡Qué más da! Con seguridad ni siquiera se dará cuenta y además la empresa ya gana bastante dinero”.

Pero algo me hizo recapacitar y cuando ya iba a bajarme en mi parada, le devolví los 20 centavos con una sonrisa: “¡Ud. me dio dinero demás!”, le explique.

“Ah”, dijo, “gracias. La verdad es que cuando lo vi, lo reconocí. Sé que Ud. es el nuevo predicador. Yo he estado pensando en volver a la iglesia, porque estuve muy alejado de ella, y le di este dinero, porque quería saber qué iba a hacer Ud., gracias”

Mientras regresaba a casa, pensé: “Oh, Señor mío, casi vendo a tu Hijo por 20 centavos”.

Nuestras vidas serán la única Biblia que algunos tendrán la oportunidad de leer algún día. ¿Está Ud. vendiendo a Jesús por 20 centavos?

I. Por creación.

“En realidad, sin fe es imposible agradar a Dios, ya que cualquiera que se acerca a Dios tiene que creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan”. He. 11:6.

II. Por redención.

“Todos los que el Padre me da vendrán a mí; y al que a mí viene, no lo rechazo”. Jn. 6:37.

“En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de venir en su reino y que juzgará a los vivos y a los muertos, te doy este solemne encargo: Predica la palabra; persiste en hacerlo, sea o no sea oportuno; corrige, reprende y anima con mucha paciencia, sin dejar de enseñar”. 2 Ti. 4:1, 2.

III. Por pertenencia.

“Lo secreto le pertenece al Señor nuestro Dios, pero lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que obedezcamos todas las palabras de esta ley”. Dt. 29:29.

a. El Padre.

“Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad”. Jn. 17:17.

b. El Hijo.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida -le contestó Jesús-. Nadie llega al Padre sino por mí”. Jn. 14:6.

c. El Espíritu Santo.

“Cuando venga el Consolador, que yo les enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él testificará acerca de mí”. Jn. 15:26; cf. 14:26.

IV. Aspectos prácticos: Viviendo la verdad.

“He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quién me amó y dio su vida por mí”. Ga. 2:20.

“A éstos Dios se propuso dar a conocer cuál es la gloriosa riqueza de este misterio entre las naciones, que es Cristo en ustedes, la esperanza de gloria”. Col. 1:27.

I. Por Creación.

El hombre fue el acto coronador de la creación. Su cuerpo no tenía la herencia de ninguna enfermedad, y le fue dado poder de resistencia que soportó seis mil años de un peso cada vez mayor en lo que se refiere a la enfermedad y el crimen.

Cuando el hombre salió de las manos del Creador, cada órgano y cada facultad se hallaban equitativamente desarrollados y armoniosamente equilibrados. ¡El era el gobernador de este mundo!

Cada facultad era capaz de desarrollarse, y tenía el privilegio de comunicarse cara a cara con su Creador. Dios había elaborado planes para este hombre, que para El debía ser como un hijo.

“Con el propósito de que, cuanto más viviera, más plenamente revelará esa imagen, más plenamente reflejará la gloria del Creador”
Ed, 13.

II. Por redención.

El hombre fracasó trágicamente en la prueba y trastornó los bellos planes de Dios. Enterrado en el pantano de su propia sabiduría, se volvió tan ansioso por excluir a Dios de la soberanía del universo, que hizo descender la humanidad al nivel de sus propias estrechas concepciones. Pretendió degradar y adulterar la dignidad de su origen.

No es de admirar que el apóstol Pablo haya exclamado: “Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios”. 1 Co. 3:19.

Como en el comienzo el hombre era la figura clave en los planes de Dios para la tierra, así también Dios lo hizo la figura clave en sus planes para la restauración de la tierra. En el plan

de redención él tiene una parte muy significativa para desempeñar como colaborador de Dios. El es el canal por el cual los recursos del cielo deben fluir sobre la tierra. El debe combinar sus talentos con el poder divino.

Durante la historia del mundo hubo tiempos en que la iglesia de Dios ha tenido una misión especial. Uno de esos tiempos fue justamente el que precedió a la primera venida del Mesías; otro es hoy, precisamente antes de su segundo advenimiento.

El pueblo del tiempo de Malaquías acababa de ser libertado de los setenta años de cautiverio de babilonia; la iglesia remanente fue liberada de los 1260 años de persecución papal.

La iglesia de aquellos días debía preparar al mundo para la primera venida del Mesías; La iglesia remanente debe preparar al mundo para su segundo advenimiento.

Les fueron dadas extraordinarias bendiciones espirituales y materiales a fin de habilitarlos a cumplir con éxito su misión; nadie puede negar que la iglesia remanente fue dotada con más “luz” que cualquier otro pueblo de la historia. El pueblo remanente admite que “rico soy, y estoy enriquecido”. Ap. 3:17.

Con fatal estrechez de miras se desviaron de su destino divino y se apropiaron egoístamente de las bendiciones que el cielo les había enviado, dejando el mundo en tinieblas; la iglesia hoy está mostrando el mismo letargo egoísta.

Hoy, como en el tiempo de Malaquías, el Señor está diciendo a su pueblo: “Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros”. Mal. 3:7. El está pidiendo a hombres y mujeres que prosigan con vigor al propósito que les dio a cumplir en el plan de la redención. Todo el cielo está esperando.

Uno de los más vívidos cuadros que representan la parte del hombre en el gran plan de la redención, se encuentra en la redención que indica:

“Y si los hombres están dispuestos a convertirse en conductos a través de los cuales las bendiciones del cielo puedan fluir hacia otros, el Señor mantendrá esos canales provistos”. *CMC*, 40.

El mundo en su estado pecaminoso, se encuentra en desesperada necesidad de buenas nuevas asegurando que Jesús murió por salvar a los hombres. Hay millones que carecen de las necesidades de la vida: alimento, vestuario, abrigo. En los vastos almacenes del cielo hay abundancia de todo lo que el mundo necesita. ¿Cómo se han de transportar esos ilimitados recursos desde el cielo hacia la tierra?

Dios tiene un plan simple: “*Si los hombres se convirtieren en canales*” todos los recursos del cielo fluirán a través de las manos de sus fieles gerentes.

Es fácil de imaginar a un hombre extendiendo su mano hacia Dios. Dios la colma... y entonces su gerente transfiere esas bendiciones hacia la otra mano, y las distribuye entre su prójimo. Extiende de nuevo la mano hacia Dios y otra vez El la llena. ¡Esto se repite una y otra vez!

Se convierte en una corriente continua del cielo hacia la tierra, el cielo dando y el hombre distribuyendo. La única razón por la que la obra de Dios no avanza con rapidez y poder como debiera, es porque los hombres y mujeres deben tornarse canales, o porque el canal fue obstruido por la corrosión del egoísmo.

“Si los hombres se convirtiesen en canales”. Esta es la parte humana del gran plan.

En todo lo referente a la manutención del hombre puede verse la fórmula divina: el esfuerzo humano combinado con el poder de Dios. El hombre prepara el terreno y planta la simiente, pero es el poder divino el que hace que esa simiente despierte a la vida. Sólo Dios puede proveer el sol y la lluvia para su crecimiento.

No obstante, Dios confió al hombre una parte importante. La vida de la simiente yacerá adormecida hasta que el agente humano la coloque en el suelo. Hay fertilidad en el suelo, pero no será utilizada hasta que el hombre haga su parte. Así sucede en cada actividad en los asuntos del diario vivir y en las actividades profesionales. El hombre tiene una parte vital a desempeñar, pero nunca tendrá éxito a menos que exista una unión de lo humano con lo divino.

Jesús llamó la atención cuando dijo: "...que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos". Mt. 5:45.

Este mismo principio puede observarse en el plan de la redención. El agente humano depende del poder divino en la salvación de la humanidad perdida. El hombre debe sembrar la simiente del evangelio. Dios, mediante su Espíritu, se convierte en el responsable de la cosecha.

"Cuando nos entregamos completamente a Dios y en nuestra obra seguimos sus instrucciones, él mismo se hace responsable de su realización". *PVGM*, 342.

Notad cuidadosamente el importante papel que el espíritu de Dios cumple en la obra de ganar almas:

"Es el poder del Espíritu Santo lo que concede eficacia a vuestros esfuerzos y a vuestras invitaciones". *Ev*, 211.

“Es la obra del Espíritu Santo convencer a las almas de su necesidad de Cristo”. *Ev*, 209.

“Puede poseerse saber, talento, elocuencia, y todo don natural o adquirido; pero, sin la presencia del Espíritu de Dios, ningún corazón se conmoverá, ningún pecador será ganado para Cristo”. *3 JT*, 212.

“Ningún grado de educación ni ventaja alguna, por grande que sea, puede hacer de uno un conducto de luz sin la cooperación del espíritu de Dios. La siembra de la semilla del Evangelio no tendrá éxito a menos que esa semilla sea vivificada por el rocío del cielo”. *DTG*, 626.

El Espíritu Santo es de importancia vital en la obra de la ganancia de almas, pero Dios también atribuye al hombre su parte. El pudo haber realizado toda la obra sin el agente humano, mas en su sabiduría, vio que ellos no sería lo más apropiado para el interés del hombre.

“Dios ha hecho a los hombres mayordomos suyos, socios con él en la gran obra de promover su reino en el mundo; pero éstos pueden seguir la conducta manifestada por el siervo infiel, y al hacerlo perderán los privilegios más preciosos que se hayan concedido al hombre. Durante miles de años Dios ha trabajado mediante los instrumentos humanos, pero sí el quiere puede descartar a los egoístas, a los amadores del dinero y a los codiciosos. El no depende de nuestros recursos y, por lo tanto, no será restringido por el instrumento humano. El puede llevar a cabo su propia obra aunque nosotros no desempeñemos parte alguna en ella”. *CMC*, 209.

III. Por pertenencia.

¿Por qué alista Dios al hombre como su co-participe en la obra de la redención?

A fin de que el hombre pueda disfrutar la compañía de los seres celestiales. Para realizar esto es esencial que su carácter esté enteramente liberado del egoísmo. Una persona egoísta nunca es feliz en esta tierra, y ciertamente nunca será feliz en el cielo. La verdadera felicidad se encuentra sólo en el abnegado amor y en la dedicación a Dios.

Se dice que el famoso Dr. Schweitzer, al serle ofrecida una posición una posición de grande honra como jefe de una de las más importantes instituciones médicas del mundo, respondió que había encontrado un lugar de servicio auxiliado a los pobres de África: ¡ésa era honra suficiente para él!

El hombre es egoísta por naturaleza, y el desarrollo de un carácter abnegado es una tarea difícil, una tarea que requiere esfuerzo diligente y continuo. Un carácter abnegado no se puede formar mediante la adquisición o retención de las bendiciones que Dios otorgó. Sólo por la constante distribución de esas bendiciones puede el hombre desarrollar este requisito previo para entrar en el cielo y en la Nueva Tierra.

Por eso, Dios hizo al hombre su colaborador en el plan de la salvación para posibilitarle el desarrollo de un carácter abnegado. Esto no se podría hacer de otra manera.

“Si los hombres se convirtiesen en canales...” Una pregunta crítica: “¿Soy yo un propietario o un gerente?”

La respuesta a esta pregunta es que, o el hombre desempeña su papel en el plan de la redención, o no. Un hombre que se considera propietario puede dar para muchos proyectos dignos, ayudar a los pobres, y practicar otros actos de bondad; pero, en cada caso, se considera a sí mismo como un filántropo.

Por otro lado, el hombre que se considera como uno de los gerentes de Dios, ayudará a su prójimo en todas las formas posibles, pero apenas como agente del Filántropo. Como agente, se convierte en un canal por medio del cual las bendiciones del cielo pueden continuamente fluir hacia este mundo. Este es su divino papel en el gran plan de la redención.